

CONFESIONES DE UNA CURADORA

Por Graciela Taquini

¿Todo lo que Ud. hace sirve para algo?

Texto del video de Brígida Baltar "**Algunas preguntas**"

UMBRALES

Hace unos años, en ocasión de realizar una curaduría para el Malba, se ocurrió pensar cual había sido mi primera experiencia estética. La huella más antigua y fundacional de algo trascendente impresa en mi memoria, anterior a cualquier formación sistemática, a cualquier lectura o intelectualización. Así, buceando en mi pasado, evoqué una Misa de Gloria en la parroquia de mi barrio. Yo tendría once años. El templo estaba a oscuras, el altar tapado por un paño negro o tal vez violeta. Al mismo tiempo resuena en mi memoria el sonido seco de una matraca de madera que reemplazaba el tintinear de las campanillas. La ceremonia comenzaba con un luto profundo, pastoso. De pronto estallaba el coro cantando el Gloria. Afuera las campanas redoblaban, el telón se caía, revelando la Epifanía del altar brillando en todo su esplendor, cuajado de flores, velas, luces e incienso.

¿Será por eso que me gustan los finales felices? No tenía conciencia de que estaba experimentando en cuerpo y espíritu la estética más barroca de la Contrarreforma. La conquista de la fe a través del rito y la imagen y de la estimulación de todos los sentidos y las emociones en un espectáculo impresionante y teatral que expresaba rotundamente un concepto fuerte: la idea de Resurrección.

Mi última experiencia estética es muy reciente, la tuve en el Dia Beacon, a una hora de New York ante una instalación del norteamericano Michael Heizer "**Norte. Este, Sur, Oeste**". En un espacio enorme se recortan en el piso cuatro formas geométricas perfectamente euclidianas, de pura orden y belleza abstracta, intelectualmente aprensibles, bellamente iluminadas por la luz de la ventana. Un universo apolíneo que yo observaba con cierta perspectiva distante, gozando la perfección. Cuando entré en el espacio y me acerqué, tome conciencia que eran esculturas inversas cavadas en profundidad, muchos metros por debajo del nivel del suelo. Eran oscuras por dentro, creo que estaban recubiertas de metal y formaban una especie de embudo. La paz y la calma se acabaron para experimentar sensaciones físicas compulsivas como el vértigo, el terror al abismo y la muerte, rechazo y atracción. Cosmos y caos como dobles negativos y positivos. Otro high concept. Imborrable.

Finalmente el último gran encuentro con el arte con mayúscula lo tuve en la Fundación Telefónica, en la exposición de Muntadas cuando entre en su obra The File Room, que yo había tenido ocasión de mostrar on line en el Museo de Arte Moderno, pero que ahora está presentada como una ambientación con una calidad que solo allí se puede lograr.

Nuevamente se reiteraba la sensación es esa conjunción entre lo racional y lo físico imposible de revivir cuando uno navega el sito en Internet. Entre a una bóveda, como las de Recoleta, cuando acompañaba a mi papa al cementerio, como creo que debe ser la de un banco, ya que nunca tuve ocasión de entrar. Un clima opresivo me envolvió y como soy claustrofobia sentí una gran angustia. Un peso material, no imaginario, el del odio, la censura, la incomprensión, el autoritarismo, el miedo. Y sin embargo los estantes oscuros estaban rigurosamente alineados, había un orden pavoroso, sobre todo por la cantidad, por la magnitud del archivo. Muntadas, un artista

para pensar había logrado conmoverme, sentir algo profundo en mi piel, en mis huesos.

EL PODER DE LA IMAGEN EN MOVIMIENTO

Desde muy pequeña, por la obligación paterna de ser la *chaperona* de mi hermana mayor, en la década del cincuenta, comencé a frecuentar el cine. Quedé atrapada por esos sueños soñados en una sala oscura. Secuencias enteras quedaron impresas en mi mente, especialmente el terror que me inspiraba una cortina mecida por el viento en *la Bella y la Bestia*, que muchos años después relacioné con Jean Cocteau. El recuerdo más antiguo fue como el de miles de mi generación, la angustia por la muerte de la mamá de *Bambi*. El más fuerte: la frustración ante el final de *Vértigo*, como si se me hubiera caído el helado del cucurucho. Después vinieron los años intelectuales, todo Bergman metafísico para discutir una noche entera, pero por sobre todo mi adorado Francois Truffaut, que me hizo acariciar el deseo nunca cumplido de conquistar a su alter ego, Antoine Doinel.

Mi cultura visual alimentada en la infancia por las matines de tres películas se acrecentó con la televisión y con estudios universitarios de historia de las artes plásticas cuyo correlato visual se daba a través de las reproducciones color de fascículos recientemente inventados como *Forma y Color* o *la Pinacoteca de los Genios*. Al final de muchos desvelos por la historia del arte de Egipto, el arte clásico, el Renacimiento y el Barroco, descubrí el Instituto Di Tella., centro de la vanguardia en los años sesenta y lo hago sin marco teórico alguno, pero atesorando una gran fascinación. Más tarde me convierto en una tímida frequentadora del CAYC, Centro de Arte y Comunicación en cuyo moderno edificio sótano de la calle Viamonte, un circuito cerrado de televisores emitía videos sin editar, en blanco y negro, imposibles de recordar, y sin embargo, algo me dice que debían ser muy importantes. Quizás Vito Acconci estaba apelándome desde alguna pantalla, pero pienso que lo recordaría. Esos dos espacios culturales fueron dos puertas de acceso a la contemporaneidad, que la enciclopédica carrera de Historia del Arte me había escamoteado.

Becas y los viajes reacomodaron en mi retina cosas tales como la escala del Cordero Místico de Van Eyck, que estudie todo un cuatrimestre y que jamás había pensado era tan pequeño. A la vuelta, eternas sesiones de diapositivas, para atribulados amigos, imágenes que luego se reciclaban para clases de historia del arte con usos didácticos con el fin de iniciar a resignados alumnos de Escuelas de Arte periféricas en Lugano o Luján que jamás habían salido de su lugar de origen. Debía enseñar las pirámides de Egipto a alguien que nunca había visto el Obelisco en Corrientes y Diagonal.

Más tarde mi cinefilia se fue convirtiendo en una pasión y una profesión. Profundicé el análisis de films a través de la obra de un documentalista antropológico Jorge Prelorán, cuya obra estudié y difundí durante la dictadura y en el amanecer de la democracia. Fue un hito importantísimo en mi vida, en mi formación y en mi destino. En ese momento pensaba que esas películas podían cambiar a la gente. Siempre me sentí frustrada de que el cine etnobiográfico de Jorge Prelorán no hubiera llegado a la escuela primaria o secundaria, ni siquiera a la Universidad. Llegue a pensar que si hubieran sido parte de la curricula, quizás hoy los argentinos seríamos diferentes.

Entonces finalmente, llego al video como fusión de esos dos campos: el del arte y el de la imagen en movimiento. Esta división para un artista contemporáneo joven no

existe, ya que pasa de plataforma en plataforma, de lenguaje en lenguaje, de formato en formato sin ningún cuestionamiento. Ya nadie habla de videastas o como se dice en el Uruguay videistas.

LOS TRABAJOS Y LOS DIAS

Con los años me he convertido en una curadora, una palabra que no escribo en los formularios de la aduana cuando me pregunta profesión. Soy una curadora, pero no curo enfermedades. El término curadora proviene del italiano "a cura de, a cargo de", en un Museo de una Colección. Actualmente soy curadora de una especialización del arte contemporáneo que es el arte electrónico. Las obras de las cuales me ocupo se enchufan, dependen de la labilidad de esta cultura del apagado y el encendido. Están mediatizadas, nacieron a partir de la utilización del dispositivo de la caja negra, de la reproducción mecánica de la realidad, no huelen a trementina, implican otros saberes, nuevas complejidades. No se sabe bien como se debe conservarlas, cuando evanescentes son, cuando quedarán obsoletas. Son piezas que requieren un montaje especializado y un mantenimiento constante. Un arte frágil, de frágil destino.

Mi historia como curadora de video arte comienzo con un ciclo en 1986 en el Centro Cultural San Martín,. La democracia había convertido al Centro en un semillero de actividades que promocionaban nuevas propuestas culturales. Había un gran optimismo y apertura, en ese lugar no solo organicé ciclos de video, sino también algo tan alternativo como el mítico Bela Lugosi Club, los viernes a medianoche, además de la revisión de los estrenos del cine argentino del año. Veinte años después a partir del 2006, en el bajo Plaza de ese mismo Centro Cultural en el corazón de Buenos Aires, Sarmiento y Paraná, se esta construyendo un Nuevo Centro de Desarrollo Multimedia para el cual integro un equipo que piensa objetivos y contenidos, las vueltas de la vida.

Cuando me hice cargo de los Ciclos de Arte Electrónico de 1997 al 2003 en el Auditorio del Museo de Arte Moderno, mi preocupación fue dar un espacio a todos los lenguajes nuevos, las experiencias con nuevas tecnologías, incluyendo net art, televisión de autor, video danza, video clip, video poesía, televisión de autor y performances, VJ. Pero por sobre todo integrar esos nuevos medios dentro del arte contemporáneo, con la fotografía y con los trabajos de artistas provenientes de las artes plásticas. Y eso también lo busqué en el ciclo televisivo Play Rec que se emitió por Canal siete en la primavera delarruista donde se trabajaban géneros, temas y los artistas eran presentados por teóricos del campo de las artes visuales. Ese fue mi propósito asimismo en mi breve paso como asesora del Canal Ciudad Abierta, el cable cultural del Gobierno de la ciudad de Buenos Aires.

EL PERFIL DEL CURADOR

Continuamente me cuestiono la misión del trabajo curatorial. En la Argentina un curador es muchas cosas. Es un gestor, un productor, un organizador de eventos, y esto no ocurre en otros países donde los roles están bien delimitados. Rescata y conserva un recorte de cierta memoria artística de su época, especialmente cuando su trabajo se vincula con el arte del presente. Y en el caso de la curaduría en nuevos medios no posee demasiada perspectiva histórica, arriesga siempre. No toda utilización de la tecnología implica una mirada original sobre sus potencialidades.

El curador está más cerca de la crítica que de la historia del arte. Articula un relato creando una especie de gran instalación de recorridos abiertos. Funda bases que la historiográfica podría eventualmente cuestionar. Asimismo debe ser un mediador entre el artista y el público para enseñar, comunicar algo a veces tan lejano y difícil como el arte de nuestros días, que implica nuevos códigos. Personalmente me interesa la creación de redes que impliquen estéticas relacionales, que no terminen en la muestra, vínculos entre pares y lo más difícil romper con los compartimentos estancos. Los curadores solemos caer en el riesgo de la dictadura de la curaduría, o en el estrellato de la curaduría que se opone al estrellato del artista y la dictadura del artista. En realidad lo que existe es un circuito donde cada actor tiene un rol fundamental, el creador, las instituciones, los patrocinantes, los técnicos, los motajistas, los investigadores, los curadores, los productores, el público, los medios y esta lista puede continuar infinitamente.

En esta cultura mediática y en este universo digital, los productores de imágenes no son personas especializadas, sino que cualquiera que posea una cámara puede hacer audiovisuales muy creativos, que además puede mediatizar muy fácilmente a través de blogs, YouTube o mail. El curador entonces propone frenar este bombardeo, desacelerar el flujo audiovisual, editar y elegir obras que cree merecen ser más que vistas, miradas y contextualizadas. Lograr que se instaure esa experiencia estética que comentaba al principio de estas confesiones

El curador de nuevos medios debería no dejarse engañar por el brillo superficial de lo nuevo, especialmente en países como el nuestro con tantas dificultades económicas y de acceso a tecnología de punta.

El artista argentino Augusto Zanela imprimió una frase que expresa perfectamente una de las características del arte multimedia de este lado del mundo. Es el slogan **Hi Fi, Low Tech**, grandes logros con mínimos presupuestos. La creatividad es más poderosa que la máquina. Otro concepto que me gustaría desarrollar más es el abogar por una **tecnología emotiva** que trabaje en ocasión de analizar la obra de Mariela Yeregui. Me interesa un arte que no sirva únicamente para excitar la retina, un mero caramelo visual. En ese sentido mi análisis de **Diez Hombres Solos** de Ar Detroy interpreta, con una cierta distancia temporal, un nuevo sentido ideológico político de esa pieza ya que esos hombres caminando encapuchados en el Río de la Plata son nueve, hay alguien que no está, que está desaparecido.

Ante la sobreabundancia de producción mediática, la función del curador sería acotar, seleccionar, señalar, frenar ese cúmulo de información cada vez más vertiginoso para encontrar un momento de diálogo con obras puestas en un cierto tipo de relato abierta, una posible, aunque no exclusiva vía de acceso. Apelar al receptor para invitarlo a detenerse, a ponerse en contacto, en lograr que encuentre relaciones, que goce y que piense para tratar que no olvide, o que toda esa experiencia tenga un efecto residual que pudiera abrir su mente y sus sentidos. Cambiar algo desde lo individual y lo social.

También se puede convertir, y ese es su riesgo, en ser un agente del sistema que pone en valor y transforma en mercancía determinados productos o artistas. Más aún ahora que el arte tecnológico es aceptado integrado al sistema del arte y al mercado.

El video, que significa "yo veo" y que encarna la expresión de minorías, la protesta política, el cuestionamiento del sistema, la no aceptación del criterio de autoridad, que rompe y desvía la funcionalidad del hardware y el software, ahora se cotiza y se colecciona. El curador es un cómplice de la sociedad de consumo, o desde otro punto de vista más integrador contribuye a que el artista pueda llegar a vivir de su trabajo.

En este mundo globalizado de lo que se trata es entablar una lucha constante para que exista la presencia de una mirada glocal. La tensión entre pertenecer al *main stream* y enfrentarse con las estructuras dadas buscando un discurso propio es una batalla permanente. Como decía el maestro Hitchcock dejemos los mensajes para los carteros. El arte no da respuestas sino que formula preguntas. Sin embargo, el arte de alguna manera debería vislumbrar desde lo metafórico y simbólico y no desde los contenidos una visión crítica de una sociedad cada vez más injusta y salvaje. Los artistas jóvenes se debaten entre aspirar a residencias en el exterior, vender en ferias internacionales. Para un artista de estas latitudes, las opciones parecerían ser el desarraigo viviendo afuera o el hundirse en el mas absoluto provincialismo. La paradoja resulta que hoy día cualquier creador arte busca su propio estilo, sus propias marcas. Sin embargo son concientes del peligro del éxito fácil, caer en formulas

No quisiera convertirme como curadora en una vendedora de influencias, en una esclava de las instituciones, en una elitista al servicio de la política y el poder. En glorificar lo glorificado. Si no todos los santos están en los altares, no todo el arte esta en las bienales. Es una buena rima. No?

--